

ESPAÑA Y AMERICA
EN LA HISTORIA
(1492-1992)

¿Descubrimiento o encuentro?: Un nuevo mundo

(Las profecías de Séneca
y San Isidoro de Sevilla)

PAOLO EMILIO TAVIANI*

Antes de Colón, las referencias significativas sobre la existencia de tierras diferentes a los tres continentes conocidos eran sólo dos: una de la tardía edad clásica (Séneca) y otra de la Alta Edad Media (San Isidoro de Sevilla).

El primero, Séneca, fue bien conocido por Cristóbal Colón, que varias veces lo cita para sostener sus propias tesis. Se trata de seis versos del acto segundo de la *Medea* (vv. 374-379):

*“Venient annis
Saecula seris, quibus Oceanus
vincula rerum laxè et ingens
pateat tellus Tethysque novos
detegat orbes nec sit terris
ultima Thule”.*

*PAOLO EMILIO TAVIANI. Historiador. Profesor de Historia de las Doctrinas Económicas en la Universidad de Génova. Político italiano de relevante trayectoria. Ha sido Ministro y Senador varias veces. Autor de numerosas obras. (Ver mayores referencias en *Atenea* 453-454). Es uno de los hombres más representativos de la Italia moderna. Este trabajo es su segunda colaboración especial para *Atenea*.

Más amplia y razonada es la referencia de Isidoro de Sevilla (560-636), obispo y santo, reconocido como el máximo maestro de la Alta Edad Media. La referencia se encuentra en el libro XIV de las *Etimologías*, una especie de mastodóntica enciclopedia, que ha constituido el texto básico con el cual confrontar lo verdadero con lo falso, aquello en que se debe creer y aquello en que no se debe creer, durante toda la Alta Edad Media, hasta que surgió la estrella de Santo Tomás de Aquino, que eclipsó la de San Isidoro. He aquí el texto íntegro (libro XIV, capítulo V, párrafo 17): *Extra tres autem partes orbis quarta pars trans Oceanum interiorem est in meridie, quae solis ardore incognita nobis est: in cuius finibus Antipodes fabulose inhabitare produntur.* "Ante además de estas tres partes del Orbe, hay una cuarta parte más allá del Océano hacia el Mediodía, que es desconocida para nosotros debido a los ardores del sol, en cuyos límites se dice fabulosamente que habitan los antípodas".

Vistas con el ojo crítico del hombre de hoy, las dos referencias son profundamente diferentes entre sí.

Es difícil reconocer una raíz científica en los versos de Séneca: se trata de una auténtica intuición poética. ¿Una profecía? Resulta tal para quien la lea hoy, pero es difícil suponer que el autor la haya anunciado consciente de transmitir un anuncio importante, nuevo, incluso excepcional. Si hubiera tenido plena y meditada conciencia de ello, otras veces habría hablado del asunto en su numerosa y multiforme producción literaria.

En cambio el pasaje de San Isidoro es puntual, meditado y enfocado científicamente en una precisa *Weltanschauung*: cosmográfica y teogónica. Sin embargo, no es completamente conforme a las ideas y a los proyectos de Colón. Afirma, es cierto, que hay una "cuarta parte más allá del Océano", pero la limita "hacia el Mediodía", y subraya que "es desconocida", porque impracticable en consecuencia de los "ardores del sol". Pero, ¿está habitada o no?

En esto está la novedad con respecto a la ciencia ptolomaica y clásica, que la consideraba inhabitada e inhabitable.

"Se dice fabulosamente que habitan los antípodas": de tal manera se expresa San Isidoro. Una manera muy hábil para no cerrar drásticamente el problema como hacían las ciencias ptolomaica y clásica, pero también para no oponérsele. San Isidoro no dice que esta cuarta parte está habitada: "Se dice". ¿Quién? ¿El vulgo? ¿Los sabios? Para hacer el asunto aún menos definitivo, es más, para hacerlo incierto, incluso ambiguo, añade "fabulosamente".

Por esto es comprensible que Colón se limite a citar a San Isidoro cuando enumera a los sabios de la antigüedad clásica y a los santos de la

Iglesia como testimonio de que las partes de la tierra seca son mucho más numerosas y anchas que las cubiertas por las aguas marinas. Mientras, como ya hemos dicho, insiste con abundancia de citas sobre la "profecía" de Séneca.

Una última consideración a propósito de este tema. ¿Es pura casualidad que Séneca y San Isidoro sean ambos ibéricos? Nos parece lícito pensar que en la Península Ibérica —como por otra parte en Irlanda— un sexto sentido, que indicaba una tierra más allá del océano, estuviese presente en la *vox populi*, y no podía, de ninguna manera, no ser captado por los sabios.

A la luz de esta consideración nos ha parecido oportuna la iniciativa de los ideadores de los monumentos de la Plaza Colón en Madrid: en una de las cuatro piedras gigantescas, que recuerdan los momentos más importantes y a los protagonistas del más grande descubrimiento de la historia, están talladas las 'profecías' de Séneca y de San Isidoro¹.

LA ATLANTIDA

En la Atlántida, en la Edad Media y en el tiempo de Colón, no pensaba nadie. Nadie hablaba de ella. No se encuentra ningún indicio de ella en la *Imago mundi* y en la *Historia rerum*, ni en ningún otro de los libros leídos y anotados por el genovés. Y él mismo nunca habla de ella: nunca en las apostillas, nunca en el *Diario de a bordo*, nunca en las cartas a los soberanos, a Sánchez ni a ningún otro.

Alguno de los modernos autores que se ocupan de la Atlántida afirma que Colón meditó "largamente sobre el texto de *Critias*" (Perrone) y fue "muy animado en su proyecto de viaje hacia Occidente por la lectura de los diálogos de Platón" (Gianni Trapani).

¹Por lo que atañe a las citas de Séneca y de San Isidoro de Sevilla, véase: L.A. SÉNECA, *Hércules Furens, Troades, Phoenissae, Medea, Phedra*, de G. VIANSINO, Torino, 1965.

ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías*, Libro XIV, cap. v, párr. 17, traducción española de L. CORTÉS Y GÓNGORA, Madrid, 1951, p. 349.

ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías*, edición bilingüe, 2 vols. de J. OROZ RETA y M.A. MARCOS CASQUERO, Madrid, 1983, por el trozo de que se trata, cf. II, vol. 1. XIV, 5, 17, pp. 190-191.

Raccolta Colombiana, Parte I, vol. II, *Scritti di Cristoforo Colombo*, publicados e ilustrados por C. DE LOLLIS, *Libro de las profecías*, cit., p. 141.

Cf. también P.E. TAVIANI, *Cristóbal Colón. Génesis del gran descubrimiento*, Barcelona 1977, vol. I, pp. 198-204; vol. II, pp. 231-232.

Se trata de verdaderas fantasías. Porque ni el genovés, ni los historiadores contemporáneos (don Fernando, Las Casas, Pedro Martir, Bernáldez, Oviedo) dicen nada. Y no sólo no citan el *Critias* ni el *Timeo*, sino ni siquiera a Platón.

El mito de la Atlántida tiene sus raíces en las leyendas y en las tradiciones egipcias, y es ampliamente narrado en los citados diálogos de Platón. Se encuentra un eco de él en un pasaje de Proclo y luego, prácticamente, se agota. La cultura romana y la medieval lo ignoran, o por lo menos lo descuidan. Cuando Séneca y después Isidoro de Sevilla aluden a tierras más allá del océano, no se refieren a la Atlántida egipcio-platónica, sino a intuiciones que aquí y allá aparecen en la cultura ibérica (no se olvide que Séneca nació en España) como por lo demás en las tradiciones y en las leyendas de todos los pueblos cuyas tierras se asoman al Atlántico: celtas, irlandeses, escandinavos.

También después de los grandes descubrimientos de Colón, Caboto y Vespucio, el mito de la Atlántida tarda en reaparecer.

Se ha sostenido que Thomas More no habría escrito la *Utopía* si no hubiese tenido lugar el gran descubrimiento. Thomas More hace referencia claramente a un viaje de Vespucio para explicar cómo su protagonista ha llegado a la isla de Utopía. Pero tenemos que limitar la influencia del gran descubrimiento sobre la célebre obra de More exclusivamente a los aspectos geográficos, por otra parte limitados.

More leyó el *Mundus novus*. Este no es, como sabemos, auténtico de Vespucio; se trata de un texto manipulado e incluso falseado por el editor. Fue publicado, por primera vez, en 1504. Sus ediciones se multiplicaron por toda Europa y una de éstas llegó seguramente a manos de More; tanto es así que es precisamente a Vespucio a quien cita explícitamente como compañero y guía en la primera parte del viaje de su protagonista. El estadista inglés no pudo tener dudas sobre la autenticidad del *Mundus novus*, porque tenían que pasar más de cuatro siglos para que asomaran las dudas y luego se adquiriera la certidumbre de que se trata de un libro interpolado, remanipulado y bajo muchos aspectos falso. Pues bien, la lectura del *Mundus novus* ofrece un cuadro de vida salvaje y feroz bien distinto de lo idílico de la carta de Colón a Santángel. "Sólo una profunda fe en la razón y en su providencial autosuficiencia en la esfera mundana —observa Luigi Firpo, uno de los más profundos conocedores de la obra de More y de sus tiempos— pudo inspirar páginas que ocultan, bajo la excelencia del latín humanístico, un tan radical empuje revolucionario". Ninguna conexión, pues, en plano de la sustancia ideológica, entre la *Utopía* y el gran descubrimiento colombino.

A diferencia de More, Campanella tuvo a su disposición una más amplia bibliografía sobre los descubrimientos americanos. Su orientación comunista *ante litteram* puede haber reflejado las noticias sobre el régimen socialista-teocrático del imperio inca. Pero ya era radicalmente "comunista" la solución propuesta por Thomas More, escrita en una época en la que Perú todavía no había sido ni siquiera descubierto.

De cualquier modo, del análisis hasta ahora realizado, resulta de manera irrefutable que ninguna correlación existe entre la empresa colombina y el mito de la Atlántida².

LOS VIKINGOS: LLEGARON, NO DESCUBRIERON

Vamos, ahora, a hablar de los vikingos.

El problema de quien realizó primero el encuentro entre el Mundo Viejo y el Nuevo no es de carácter deportivo, sino histórico. No se trata de establecer quién ha sido el primer europeo que puso pie en alguna playa del continente americano.

Desde el punto de vista histórico, el término "descubrir" no significa llegar el primero; quiere decir llegar y volver, referido a alguien que pueda repetir la experiencia del descubridor. Ya hemos tratado este argumento en

²Respecto a las referencias a la Atlántida en el *Timeo* y en el *Critias* de Platón, véase PLATÓN, *Critias* en el texto original en "Platonis opera" de J. BURNET, t. ix, Oxford, pp. 113-121.

PLATÓN, *Timeo*, en el texto original en "Platonis Opera", t. iv, de J. BURNET, cit., 25 b-d. La vuelta al mito de la Atlántida, después que se difundió en Europa la noticia del descubrimiento de un cuarto continente, encuentra una de sus primeras manifestaciones en 1530, con el poema de GIROLAMO FRACASTORO, *Siphilis vive morbus gallicus*, 1 ed. Verona, 1530, I-III, pp. 265-286.

Véase además:

G. GALIMBERTO, *Problemi naturali e morali*, Venezia, 1549, I-III, pp. 113-116.

T. CAMPANELLA, *Epílogo Magno*, ed. A cura di Carmelo Ottaviano, Roma, 1939.

T. CAMPANELLA, *De Monarchia ispanica discursus*, Amsterdam, 1640.

R. HAKLUYT, *Principal navigation, voyages and discoveries of the English Nation*, Glasgow 1903-1905, vol. VIII.

F. BACONE, *Novum Organum*, Bari, 1960.

F. BACONE, *New Atlantis*, in "Scritti politici, giuridici e storici", Torino, 1971.

A. DE ZÁRATE, *Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú y de las guerras*

mi obra *Cristóbal Colón, Génesis del gran descubrimiento*. Parece oportuno continuar aquí los principios fundamentales.

Los vikingos llegaron, en la primavera de 982, a Groenlandia y allí establecieron algunas colonias. No cabe duda alguna —según nosotros— de que Helluland, alcanzado en torno al año 1000, corresponde a Terranova o a Labrador. Luego los vikingos avanzaron también más al sur, llegaron a una tierra, llana y espesa de bosques, con una playa sin escollos y rocas, abigarrada por dunas de arena blanca. La llamaron Markland, o sea tierra de bosque. Se trataba casi seguramente de Nueva Escocia, en Canadá Sudoriental. Además del Markland, las sagas islandesas hablan de Vinland. Y nosotros creemos que en efecto Leif Ericsson desembarcó en Vinland. En Vinland: o sea Massachusetts. Pero la Cristiandad no tuvo ni conservó ninguna noticia de esto. Vinland quedó, para las generaciones posteriores al Milenio, como un sueño, como una esperanza indiferenciada e imprecisa, no como una realidad definida. Realidad fue Groenlandia. No las tierras del continente americano. Helluland, Markland —como Vinland— ocasionalmente conocidas y visitadas, no colonizadas de una forma estable, quedaron en algunos rincones de la cultura geográfica europea como bordes occidentales de Europa, carentes de atractivos particulares.

El pueblo vikingo (los normandos) contribuyó a la formación de tres de las más importantes civilizaciones del mundo: la inglesa, la italiana, la rusa; dio vida a cuatro Estados que están a la vanguardia del mundo moderno por su organización social, política y económica —Noruega, Dinamarca, Suecia

y cosas acaecidas hasta el vencimiento de Gonzalo Pizarro y de sus secuaces que en ella se rebelaron contra su Majestad, in "Historiadores primitivos de Indias", tomo II, Madrid, 1947.

Las obras recientes sobre el tema de la Atlántida se multiplican. Señalamos sólo algunas entre las de más fácil acceso:

C. E. BRASSEUR DE BOUBORG, *Manuscrit Troano*, Paris, 1889.

P. TERNIER, *l'Atlantide*, Mónaco, 1913.

R. DEVIGNE, *Un continent disparu: l'Atlantide, sixième partie du monde*, Paris, 1924.

G. PERRONE, *L'Atlantide, leggende e testimonianze*, Torino, 1928.

C. BERLITZ, *The mystery of Atlantis*, Grosset Dunlap, Inc. New York, 1969.

G. GLIOZZI, *Adamo e il nuovo mondo*, Firenze, 1977.

Sobre el comentario relativo a la *Utopía* de Thomas More, cf.:

L. FIRPO, *Introduzione a Thomas More, Utopia*, texto latín, traducción, introducción y notas de LUIGI FIRPO, Vicenza, 1978, p. xxii.

Respecto a la referencia a Campanella, véase T. CAMPANELLA, *La città del Sole*, texto crítico de G. PALADINO, Napoli, 1920.

e Islandia—. ¿Cómo fue posible que después de haber tenido contacto con aquel *El Dorado* que es Norteamérica, no haya ni siquiera intentado colonizarlo?

Tratemos de exponer algunas de las posibles razones de este extraño acontecimiento histórico.

1) La primera razón es que los vikingos, durante sus visitas del siglo xv, citadas por las sagas, vieron tierras que no se parecen en nada a *El Dorado*.

Visitaron el Labrador, Terranova —Helluland—, costas y tierras a las que no tienen nada que envidiar ni Islandia, ni la misma Groenlandia. Vieron y visitaron Nueva Escocia —Markland— donde, con respecto a Islandia, existían más y mejores bosques y, por lo tanto, madera, pero nada más. Faltaban, en cambio, pastos para el ganado.

Vinland fue avistado y visitado por muy pocos, recordado en las sagas nórdicas, pero ni siquiera nombrado en las crónicas; quedó casi como un sueño, y no como una realidad histórica.

2) Los vikingos de Islandia eran un pueblo inculto. Sus mismos jefes eran analfabetos. Es casi seguro que Eric el Rojo, Leif Ericson, Thorvald y los demás protagonistas de las prodigiosas experiencias vikingas no sabían leer ni escribir.

No tenían un conocimiento geográfico profundo. Ni siquiera se planteaban el problema de las dimensiones y forma de la tierra, dando por descontado que era plana. Tampoco dudaron, ni por un instante que los territorios avistados y visitados no fuesen islas, pero las consideraron europeas.

Hay tres hipótesis posibles a este respecto: a) ninguno de los vikingos vio nunca el San Lorenzo; b) alguno de ellos lo vio, pero nunca regresó; c) alguien lo vio, y volvió.

En el caso de la hipótesis c), a primera vista parece que este alguien habría debido ser muy inculto e ignorante. Porque sólo un ingenuo, frente a una masa de agua dulce como la de San Lorenzo, podría no comprender que se encontraba ante las costas de un territorio que debía ser mucho más amplio que una simple isla.

Sin embargo, hay que haber visto Islandia, que es una isla, con sus ríos, cascadas y manantiales de agua mucho mayores, al menos aparentemente, que los del Rin y del Danubio, para darse cuenta de que un tosco vikingo islandés pudo haber avistado el San Lorenzo y haber creído que estaba en una isla.

3) Los hombres y mujeres que llegaron durante el siglo xi a las costas de Norteamérica no eran ciertamente los mejores elementos del pueblo vikingo.

go. Los mejores se habían dirigido y se dirigían hacia Occidente, a Normandía; hacia Oriente, a Rusia; hacia el Sur, al Mediterráneo. Los que quedaron en Escandinavia perdieron no solamente su fiereza y virulencia, sino también el vigor y la indomable vitalidad que caracterizaron las hazañas de los siglos anteriores.

4) Los vikingos no encontraron en Norteamérica una civilización superior. No encontraron tampoco príncipes ni hombres ricos a quienes asesinar para robar sus bienes, ni capitales acumulados o invertidos de los cuales apoderarse por la fuerza.

En Norteamérica encontraron bosques con mucha madera, que la podían encontrar más fácilmente en Noruega, y pudieron hallar también extensos pastos. Pero unos y otros estaban constantemente amenazados por indígenas rudos y salvajes. Contra este enemigo los vikingos no podían contar con aquel terror que favoreció sus victorias en Europa. Los skrelings no tenían nada que perder, o incluso habrían podido ganar algo, atacándolos y depredándolos.

Los francos y los sajones, los bizantinos y los árabes, los eslavos y los latinos temían a los vikingos. Pero no los temían los aborígenes de Norteamérica. Al revés fueron ellos —los vikingos— quienes tuvieron miedo o, mejor dicho, se retiraron ante su presencia. No valía la pena luchar contra indígenas pobres, que vivían como bestias; no tenía sentido quedarse en territorios controlados por ellos.

Hemos dicho algunas de las posibles razones. Porque entre los factores de la historia humana queda siempre el caso, y es inútil todo esfuerzo por interpretarlo, tanto si se le trata con minúscula y nos enfrentamos con el cálculo de probabilidades, como si es con mayúscula y se le identifica con la Divina Providencia.

Una cosa es bien cierta: el descubrimiento vikingo resultó un descubrimiento perdido.

Como perdidos —aunque hubiese ocurrido— serían los “descubrimientos” de los que elaboran hipótesis y cuentan leyendas.

Leyendas aztecas contaban de un desembarco en las costas mexicanas de hombres altos y rubios, con ojos azules. Un viejo, de piel blanca y larga barba, sabio, bondadoso y pacífico, habría desembarcado en las costas de Yucatán. Los indios le llamaron Quetzalcoatl, o sea serpiente emplumada. Quetzal significa pájaro y coatl serpiente. Le habían obedecido largamente, luego se habían rebelado contra él y le habían obligado a marcharse. Pero, antes de partir, él había profetizado que un día sus hermanos blancos volverían.

A las leyendas amerindias se añaden las irlandesas: el viaje marítimo de

San Brandano, incitado por una voz divina a ir hacia un grande y desconocido país de ultramar.

Las hipótesis son todavía más numerosas que las leyendas. ¿Llegaron a América colonos irlandeses? ¿Llegaron allí los genoveses hermanos Vivaldi, en su aventura sin retorno más allá de las Columnas de Hércules? ¿Llegaron allí navegantes griegos o fenicios? ¿O llegó algún egipcio?

Se puede concordar con Heyerdahl³ que no habría nada de extraño si, en las muchas expediciones marítimas emprendidas en milenios, un buque se hubiese encontrado con el timón quebrado a lo largo de la costa de Marruecos, empujado fuera de su ruta por las corrientes de alrededor del Cabo Jubi. Así una embarcación del Mundo Antiguo habría podido llegar a las orillas del Nuevo. Pero se trataría siempre de casos singulares, desprovistos de consistentes efectos para el desarrollo de la historia de América y del mundo.

A la luz de estas consideraciones, resulta obvio confirmar que el problema del descubrimiento del continente americano no es de carácter deportivo⁴ sino histórico.

No se trata de establecer quién ha sido el primer europeo en ver o tocar la costa del continente americano; sino quién ha sido el hombre que ha abierto el nuevo continente al conocimiento de los continentes antiguos, que lo ha ensartado repentinamente, violentamente, en el desarrollo de la civilización, determinando un cambio decisivo en la historia de la humanidad.

Y este hombre —no puede existir ninguna duda al respecto— fue Cristóbal Colón.

¿DESCUBRIMIENTO O ENCUENTRO?

Hay todavía un problema. ¿Fue en verdad el del grande marino genovés un descubrimiento?:

Descubrimiento es un término inadecuado e injusto.

³THOR HEYERDAHL, *Aku Aku, the secret of Easter Islands*, London, 1958. *The Kon-Tiki expedition*, London, 1965.

A. METREAUX, *L'Île de Paques*, Paris, 1941.

⁴Sobre el tema "Los grandes descubrimientos geográficos de final del siglo xv no son competencias deportivas", véase: P. E. TAVIANI. *Cristóbal Colón. Génesis del gran descubrimiento*, Novara, 1984, vol. 1, pp. 256-259.

Es necesario considerar que los nativos que habitaban las tierras transatlánticas, ya estaban allí, con culturas y religiones seculares, y eran perfectamente conscientes de ello. Pero en Europa se ignoraba su existencia.

¿Cuál fue, pues, el primer dato que se descubrió? Precisamente la ignorancia europea: fue ése el primer descubrimiento dentro del descubrimiento⁵.

¿Sería mejor hablar de “encuentro”?

Estamos de acuerdo con Zabala y Uslar Pietri: no fue ni siquiera un mero encuentro prolongado, como fue el caso en las colonizaciones europeas en África y en Asia, en las que la cultura invasora y la nativa, a pesar de la convivencia forzada, mantuvieron sus vigencias propias.

El hecho americano, al menos el de la América Latina, no fue el hallazgo de un nuevo mundo por los europeos, ni tampoco el encuentro limitado de dos mundos, sino la creación de un Nuevo Mundo, que fue profundamente diferente de los dos que le dieron origen.

El gran hecho —escribe magistralmente Uslar Pietri— no puede ser la llegada de los europeos a un territorio desconocido, ni menos aún el comienzo de una larga etapa de colonización, que de todo esto hubo, sino sobre todo y fundamentalmente el nacimiento de un mundo nuevo, distinto de sus progenitores, con una presencia original y un papel propio en la historia de la humanidad.

Después de la sublime dimensión del sacrificio de Cristo, este hecho debe considerarse como el acontecimiento más importante entre los que día tras día, van registrando los anales de la historia que se suceden siempre nuevos y nunca encasillables.

De este hecho el genovés fue el primero, el gran protagonista. No fue el primer hombre en hollar la tierra americana: millones y millones de hombres ya la habitaban⁶, que cuando él llegó. No fue tampoco el primer europeo en desembarcar, sea porque puede haber alguna verdad envuelta en la leyenda o en las hipótesis que surgen periódicamente, sea porque es históricamente cierto que los vikingos tocaron en el siglo XI o XII, las costas norteamericanas.

No fue Colón el viajero afortunado que se convierte fortuitamente en

⁵Cr. T. TODOROV, *La Conquête de l'Amerique. La question de l'autre*. Paris, 1982, part. 1^a, cap. 2º.

⁶Sobre el primer poblamiento de América, cfr. E. CERULLI.

Razze, lingue, culture indigene d'America, en *Razze e popoli della terra*, vol. IV, Torino, 1967.

descubridor. Fue el protagonista del grande acontecimiento porque fue inventor: inventor verdadero y genuino de una nueva idea, de una nueva perspectiva. Unía a la fantasía, a la inteligencia y a la audacia una voluntad, una constancia, una generosidad de ánimo fuera de lo normal.

Una fuerte y profunda religiosidad⁷, y la conciencia de una gran misión mantuvieron su paciencia, le prestaron serenidad de espíritu, aun en los encuentros más duros: no lo abandonó jamás la certeza de ser instrumento de la Divina Providencia.

Fue uno de los colosos de la historia.

Sólo un genio podía hacer lo que el genovés ha hecho. Concibió la idea y la concretó.

Fue el primero en dar al mundo antiguo dos grandes noticias reveladoras. Una estaba prevista por algún científico y era esperada por algunos marineros, pero nadie había tenido la valentía de confirmarla; más allá del océano no había abismo, existían otras tierras.

En ellas desembarcó Colón el 12 de octubre de 1492. Y fue la fecha del inicio de una nueva era.

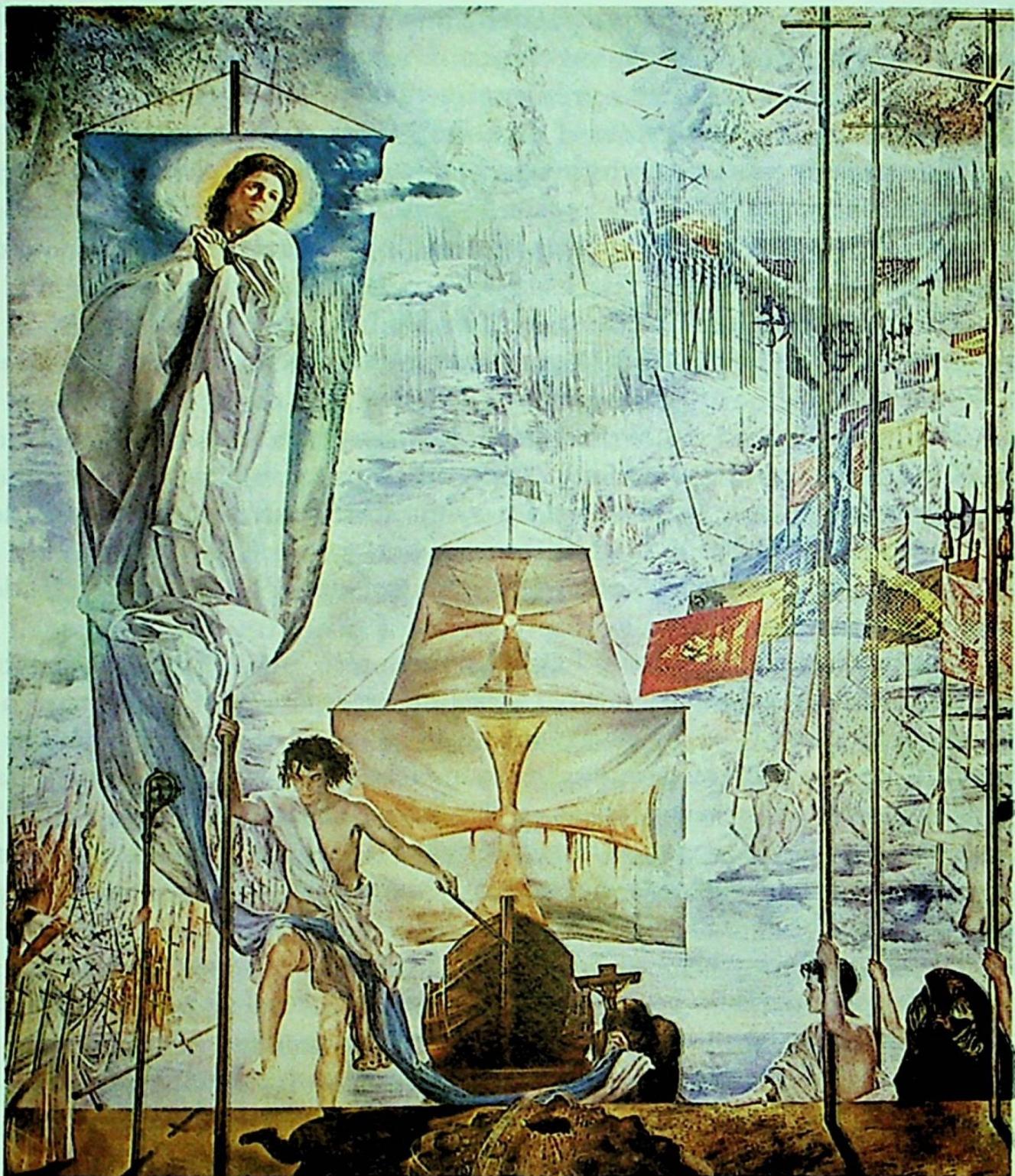
La otra noticia, fabulosa y hasta entonces sólo fantástica, la comprobó Colón cuando llegó a la desembocadura de un inmenso río, el Orinoco.

Aquella tarde —el 15 de agosto de 1498— escribió en su *Diario de a bordo*: “Creo que esta tierra que agora mandaron descubrir Vuestras Altezas sea grandisima y aya otras muchas en el austro, de que jamas se ovo noticia”. “Este río procede de tierra infinita, pues al austro, de la qual hasta agora no se a avido noticia”. Y más adelante: “Vuestras Altezas tienen acá otro mundo”.

Otro mundo, nuevo mundo: Sólo con la empresa de Colón, Europa se dio cuenta de que existía un Nuevo Mundo, y los hombres de América se dieron cuenta de que existía un mundo más viejo que el suyo.

Así cambió totalmente el curso de la historia humana.

⁷Sobre la religiosidad de Colón, cfr.: P.T. TAVIANI, *Non fu certo un santo, ma grande fu la sua fede*, in “Jesus”, Milano, aprile 1985, pp. 85-87; P.E. TAVIANI, *I Viaggi di Colombo. La grande scoperta*, Novara, 1985, vol. II, pp. 323-325.



El sueño de Cristóbal Colón. Por Salvador Dalí. Oleo sobre Tela. 410 × 310 cm. Galería de Arte Moderno, Nueva York. Colección Huntington Hartford.